Introducción

La antropología mantiene cierto aire de indefinición, tal vez, porque al ocuparse de cuestiones muy dispares, resulte difícil acotar su campo de estudio recurriendo a un socorrido "la antropología es lo que hacen los antropólogos". Si enumerásemos algunos estudios, realizados por personas consideradas y que se consideran a sí mismas antropólogas sociales o culturales, veríamos que hay quienes han dedicado largos años de su vida a averiguar cómo distintos pueblos clasifican los colores; a realizar comparaciones transculturales sobre qué restricciones limitan el acceso a los recursos –materiales y simbólicos– y sus consecuencias en la estratificación social; por qué algunos pueblos disfrutan comiendo carne de cerdo y otros consideran a este animal una fuente de impureza; las variadas distinciones entre sexo y género; cómo enfoca el relativismo cultural la ablación del clítoris, la violencia comunal o los genocidios; cómo consumen el crack en un barrio de Chicago; el sistema de castas; por qué en varios puntos del globo las políticas neoliberales, la globalización y el auge de una minoría de nuevos ricos se acompañan de rumores sobre monstruos que persiguen a los pobres para quitarles la grasa o brujos que pretenden convertir a los campesinos en zombis que trabajen para las élites o, para terminar y no hacer demasiado prolijo el listado, la larga cadena de intercambios y transformaciones que sufren las ropas usadas, donadas a las ONG en países europeos y norteamericanos, cuando, bajo nombres como *calamidades* o *salaula*, llegan a los mercados callejeros africanos. Sin embargo, la disparidad no queda ahí, porque quienes estudian los problemas que acabamos de enumerar y muchos otros reciben distintos nombres –antropólogas sociales, etnógrafos, antropólogos culturales o etnólogas–, según la tradición académica del país en que ejerzan su profesión.

Durante la mayor parte de su breve historia académica, la antropología se centró en estudiar los pueblos llamados "primitivos", contemplados desde una doble perspectiva: una, derivada de la Ilustración, buscaba aplicar nociones de las ciencias naturales –con notable influencia de la zoología y de la botánica– a pueblos lejanos y exóticos, como si fuesen muestras vivientes del pasado de la "humanidad". Pero, como esos "primitivos" no vivían en el jardín del edén, sino en unas tierras sometidas a distintos modelos coloniales, la segunda vertiente nos recuerda las complejas relaciones de la incipiente antropología con el colonialismo.

Posteriormente, desde finales de los años setenta del siglo pasado, la antropología comenzó a interesarse por lo que ocurría en las sociedades más próximas. Desde entonces ha analizado sus instituciones y la compleja dinámica de las distintas escalas que presentan los entrecruzamientos culturales, que se han producido en todo el planeta, desde la expansión europea. También ha cuestionado el etnocentrismo y androcentrismo que acompaña a la construcción y representación esencialista de las identidades nacionales, étnicas, raciales o de género surgidas en nuestra cultura, pero exportadas, con distintos resultados, a otros puntos del globo.

El punto de partida del libro[1] es analizar este proceso –de lo lejano a lo próximo–, mostrando cómo se configuraron en distintos momentos los saberes teóricos y analíticos de la antropología social: la creación de los "pueblos primitivos" como sujetos antropológicos y el descubrimiento del trabajo de campo intensivo como técnica fundamental de investigación; el peso de las distintas tradiciones nacionales en la formulación de las orientaciones teóricas; los presupuestos más problemáticos o ambiguos –como pudieran ser el concepto de cultura, los distintos sentidos de las técnicas de observación participante, el holismo o el relativismo cultural–, y los campos de especialidades desarrollados para el estudio comparativo de las distintas sociedades.

Formalmente, hemos agrupado la exposición de las distintas cuestiones que abordamos en cuatro partes: la primera es una aproximación crítica e históricamente contextualizada del canon antropológico; la segunda, se ocupa de la constitución de los "primitivos" como sujetos antropológicos –tanto dentro del contexto académico como del colonial–; en la tercera, se trata la construcción cultural de las etiquetas de la identidad cultural –etnicidad, clase, nación, género y raza–, y sus distintos contextos sociopolíticos. Por último, nos aproximaremos al conflictivo tema de la práctica antropológica ante las situaciones extremas. Cada una de las partes se cierra con una palabra clave de Raymond Williams –cultura, naturaleza, clase y violencia– y con una selección de breves textos que nos ayuden a comprender y matizar los aciertos, silencios y omisiones de nuestra disciplina ante las situaciones que han atravesado los distintos pueblos estudiados por los antropólogos. El análisis de la multiplicidad de respuestas a los distintos modelos coloniales, al comercio, al racismo, a los episodios de limpieza étnica, a los distintos conflictos y a los genocidios supone, para los estudios antropológicos, tanto un desafío teórico e investigador, cómo una llamada a reflexionar sobre la moralidad de las prácticas antropológicas en los cambiantes contextos etnográficos.

Al final del libro, en *Textos Documentales*, se han añadido algunos documentos oficiales sobre derechos humanos, prevención del genocidio y el Requeri-

---

[1] Inicialmente se trataba de una nueva edición de *Encrucijadas Antropológicas*. Sin embargo, tras añadir nuevos capítulo, modificar los anteriores y actualizar datos etnográficos, quedó patente que se trataba de otro libro, aunque mantenga la estructura y alguna parte de las "viejas encrucijadas".

miento con el que la corona de Castilla tomaba posesión de sus dominios americanos. También se incluye la primera formulación sobre el relativismo cultural –Montaigne sobre los caníbales– y el texto de Lévi-Strauss, Raza e Historia, elaborado a petición de la UNESCO.

A partir de los casos, textos y análisis propuestos pretendemos ayudar a que las estudiosas y curiosas lectoras[2] aprendan a **pensar antropológicamente**. Esta tarea exige dos compromisos: comprender tanto el contexto intelectual, académico, social, ideológico y político en qué surgen los principales problemas teóricos de la antropología, como las consecuencias, para los distintos pueblos, de las intersecciones históricas entre la expansión europea y sus tratos con los "pueblos primitivos".

El recurso a las viñetas etnográficas nos ayudará a mostrar la complejidad, la creatividad y la variedad de las respuestas que los distintos pueblos han dado a las nuevas situaciones ocasionadas por los encuentros y encontronazos históricos. Porque, si bien es indudable lo acertado de aquel aforismo de Lichtemberg que decía, "el primer norteamericano que descubrió a Colón, hizo un descubrimiento atroz"; también lo es que la respuesta de los distintos pueblos a las distintas formas de dominio colonial es mucho más variada y con resultados más desconcertantes de lo que pudiera parecernos a primera vista. La concepción que tienen los Azande de la brujería; las disputadas interpretaciones y fiestas de Tepoztlán; los Bemba, sus sospechas, en la época colonial, de que los misioneros querían chuparles la sangre y su obsesión actual por los mercados de ropa de segunda mano; las oscilaciones políticas de los Kachin de Birmania, las castas en el México colonial; los Cheyenes en el cine; los monstruos del capital y las acusaciones de vampirismo o brujería en gran parte de África, en la América Andina o en la Inglaterra de la revolución industrial; los mecanismos que usan los !Kung San para mantenerse sin jefes o la importancia de la moda europea en la danza Kalela muestran cómo, en la antropología social, los planteamientos teóricos forman un todo indisociable de las investigaciones etnográficas.

---

[2] La autora de este libro no acaba de creerse que cuando se utiliza la palabra "antropólogos" o "estudiantes" se perciba que ha habido muchas mujeres antropólogas o que haya muchas estudiantes que pretendan seguir sus pasos. Siguiendo un acuerdo académico, cada vez más extendido, para hacer visible la contribución de las mujeres, en este libro usaremos los plurales que aluden al desempeño profesional unas veces en masculino y otras en femenino. El principio que aplicamos es el mismo que se sigue cuando, si en una reunión hay ocho antropólogas y dos antropólogos, hablamos en masculino de los **antropólogos**, ocultando la presencia de antropólogas. Aquí, cuando se habla de antropólogas incluimos también a los antropólogos.

Agradecimientos

Este libro no sería el mismo sin la colaboración y ayuda técnica y artística de varios amigos, a quienes quisiera mencionar expresamente. En primer lugar, al equipo de la revista La Ortiga, Mary Roscales y Antonio Montesinos, quienes me han ayudado a conseguir unos grabados tan fantásticos como los que han realizado con su profesora Gabi Luengo, los alumnos de Artes Gráficas del IES Islas Filipinas, Silvia Valor, Javier García y Alicia García: gracias por permitirme utilizarlos. Tampoco podré olvidar el dibujo del cauri, que para otra publicación me había hecho Sofía Feliu o la contribución de Áurea Domínguez en el diseño de la portada. A estas alturas ya no sé cómo agradecerle a Suso su ayuda constante… y su paciencia.

Pilar Rodas Riley ha traducido las cuatro Palabras Clave de Raymond Williams y el documento en el que la *American Anthropological Association* rechazaba el texto elaborado por la ONU con motivo de la proclamación de los Derechos Humanos.

Adela Martín, Cristina Ruíz y Marisa Donoso han sufrido los avatares de este libro; María Antonia García encontrará en las viñetas etnográficas sobre *Salaula* y sobre la danza *Kalela* una relectura distinta a su asesoramiento sobre la moda.

Por último, le agradezco a Carmen Osuna su apoyo y dedicación. También me gustaría enviarle ánimos a ella, a Montse Cañedo y a quienes inician una carrera académica e investigadora para que logren atravesar con bien el sinsentido de estos tiempos turbulentos.